

# EL CRISTIANISMO Y LA ECOLOGIA

No quiero en esta especie de pequeña disquisición ser juez de un fenómeno tan amplio y complejo como es el Cristianismo, pero sí deseo llamar la atención sobre un aspecto perjudicial, a mi entender tal vez desapercibido, que esta doctrina ha ocasionado inintencionadamente a nuestra sociedad.

Me remito al Antiguo Testamento, al Génesis, Capítulo I, Versículo 28: "Dios los bendijo, diciéndoles: sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Manden a los peces del mar, a las aves del cielo y a cuanto animal viva en la tierra". Y creemos<sup>1</sup> que es precisamente en este pasaje bíblico donde radica el sentido

hegemónico-posesivo que ha venido caracterizando a nuestra sociedad. Nos hacemos eco de las palabras de L. White, conocido conservacionista norteamericano. Dice White en una de sus obras: "El Cristianismo tiene gran parte de la culpa... continuará el empeoramiento de la crisis ecológica hasta que rechazemos el axioma cristiano de que la única razón de ser de la naturaleza es servir al hombre".

Y no se trata de una postura radicalizada, pues cierto es, y nos consta, que gran parte de los desequilibrios ecológicos que actualmente padecemos radican en la falta de conocimientos y previsión de nuestro predecesores; también en su exceso de

egoísmo. Mas es fácil deducir y entrever histórica y sociológicamente cuál ha sido la influencia del pensar cristiano en este sentido. No es momento de rasgarse las vestiduras, pero sí de recordar --y cito palabras de un economista español-- que nosotros no dominamos la naturaleza como un conquistador domina a un pueblo extranjero subyugado, que no la dominamos como quien es extraño a ella, sino que nosotros le pertenecemos en carne, sangre y cerebro y vivimos en su seno; todo nuestro dominio sobre la naturaleza consiste en la capacidad, que nos eleva por encima de las demás criaturas, de conocer sus leyes y de emplearlas del modo más apropiado.